

SEGUNDO ACTO

El castillo encantado de Klingsor

Interior y calabozo de una torre sin techo. Una gradería de piedra conduce al almenaje de la muralla. Oscuridad completa en lo hondo de la mazmorra, hacia la que se descende desde la estribación del muro representada por las tablas del escenario. Instrumentos de magia y aparatos de nigromancia.

En la estribación, hacia un lado, está KLINGSOR, sentado ante un espejo metálico.

KLINGSOR

La hora ha llegado. Los mágicos hechizos de mi castillo atrajeron ya a ese aturdido, que dando voces de infantil alborozo veo acercarse. En sueño mortal ha sumido mi conjuro a esa mujer, cuyo letargo sólo yo sé disipar... ¡Ea, arriba! ¡A la obra!

Desciende unos pasos hacia el centro, y allí enciende un pebetero, del que inmediatamente se desprende un vapor azulado que cubre una parte del fondo. Vuelve a sentarse donde estaba, llamando con misteriosos ademanes en dirección del calabozo.

¡Arriba he dicho, y a mí! Tu señor te llama, mujer sin nombre, diablesa originaria, rosa del infierno, que fuiste Herodías... y ¿qué más? Gundrigia allá, y Kundry

acá... ¡Ven, ven, Kundry, conmigo! ¡Tu señor te llama!
¡Arriba!

En medio de la luz azulada surge la figura de KUNDRY, a quien se oye un pavoroso grito ahogado, como despertando a medias y sobresaltada de un profundísimo sueño.

¿Despiertas ya? De nuevo te rindes a mi evocacion, y en la hora precisa.—(KUNDRY *deja oír un aullido de angustia, que va apagándose hasta terminar en gemido temeroso.*) —Dí, ¿en qué lugares anduviste de nuevo? Entre aquella parentela de caballeros, de seguro, por quienes como a una bestia te dejas tratar. ¡Quita allá! ¿No te va mejor conmigo? ¿Qué fué lo que allá volvió a arrastrarte, después de haberme atrapado al señor de esa caterva— ¡já já!—al puro guardián del Gral?

KUNDRY

(ronca y desconcertada, como esforzándose para recuperar el habla).

¡Aj!... ¡Aj!... ¡Noche tenebrosa!... ¡Oh locura!... ¡Oh furia!... ¡Aj, miseria!... ¡Sueño... sueño... sueño profundo!... ¡Muerte!...

KLINGSOR

Allá eran otros los que te despertaban ¿verdad?

KUNDRY

(como antes)

¡Sí!... ¡Oh, mi maldicion!... ¡Oh, anhelo!... ¡anhelo!...

KLINGSOR

¡Já já!... ¿Anhelo de vivir allá, con tus pudorosos caballeros?

KUNDRY

Allá... allá... yo servía...

KLINGSOR

¡Já já!... ¿Para reparar los daños que perversa les hiciste? Ellos para nada te ayudan. Venales son todos, si les pago yo su precio; ríndanle tus brazos, y el más fuerte cae, y se desploma luego al golpe de la lanza que supe yo arrebatarse a su señor... Hoy hemos de hacer frente al más peligroso de todos, porque le protege el escudo de su inocencia.

KUNDRY

¡Yo... no quiero!... ¡Oh!... ¡Oh!...

KLINGSOR

Pues más te valdrá querer, o habrás de ceder por fuerza.

KUNDRY

Tu... no puedes... retenerme.

KLINGSOR

Pero puedo obligarte.

KUNDRY

¿Tu?

KLINGSOR

Sí, yo, tu dueño.

KUNDRY

¿Cual es tu poder?

KLINGSOR

¡Ah! El de ser yo el único sobre quien el poder tuyo... no prevalece.

KUNDRY

(con risa sarcástica).

¡Já já!... ¿Eres casto?

KLINGSOR

(iracundo).

¿Qué pregunta es esa, condenada?—(Hondamente pesa *roso*.)— ¡Angustia horrible!... ¡De qué modo, ahora, se mofa de mí el diablo, en castigo de haber luchado antes por la virtud! ¡Angustia cruel! ¡Tormentos del deseo implacable! ¡Impulso indómito del ansia infernal, que intenté reducir a letal silencio!... ¿Y ha de burlarse ahora de mí, y avergonzarme por tu boca, desposada del demonio?... ¡Guárdate bien! Hubo quien un día expió sus burlas y su desprecio; fuerte en su santidad y en su soberbia, me rechazó, es cierto; pero luego su raza cayó en mi poder; y sin remedio ha de perecer a mis manos el custodio de ese santuario. Yo te aseguro que bien pronto el guardian del Gral no será otro que yo... ¡Já já! ¿Verdad que no fué de tu desagrado aquél héroe, Amfortas, cuando lo hice yo pasto de tus placeres?

KUNDRY

¡Oh!... ¡Misericordia!... ¡Misericordia!... ¡Débil fué él también! ¡Débiles... todos! ¡Todos caen conmigo, arrastrados por mi maldición!... ¡Oh, sueño eterno, bendición única! ¿Cómo... cómo lograrle?

KLINGSOR

¡Ah! Sólo puede darte la libertad el hombre fuerte que te rechace. ¡Pon a prueba ese mancebo que ahora se acerca!

KUNDRY

¡No... no quiero!

KLINGSOR

Pues mira, ya le tienes ahí, subiendo al castillo.

KUNDRY

¡Oh desdicha, desdicha! ¿Y para esto he despertado?... ¿Será preciso?... ¿Será forzoso?

KLINGSOR

(subiendo a la muralla).

¡Ajá! ¡Y te advierto que es hermoso el muchacho!

KUNDRY

¡Oh!... ¡Oh!... ¡Ay de mí!

KLINGSOR

(llamando fuera con su bocina).

¡Ho!... ¡Vigilantes! ¡Eh, mis caballeros guerreros!... ¡Arriba! ¡Al enemigo, que se acerca!—(Estrépito creciente de armas, dentro.)—¡Hei! ¡Y qué manera de abalanzarse a la muralla, los egoistas seducidos, en defensa de sus lindas diablasas!... ¡Así! ¡Valientes! ¡Bravos!... ¡Ajá!... Pero él no se acobarda, no... Al guerrero Ferris ha arrebatado el arma, y la esgrime ahora sin miedo contra la turba entera...—(KUNDRY prorrumpe en extraña risotada vesánica, que termina en convulsivos gritos de angustia.)—¡Y qué mal les sirve a esos torpes su ardor! A uno le hiere el valiente en un brazo... a otro en una pierna.—(Otro grito de KUNDRY.)—¡Ajá!... Ya ceden... ya huyen! ¡Cada uno se lleva a casa una cuchillada!... ¡Cómo me hacéis gozar!... ¡Ojalá que se estrangulara entre sí la casta entera de los caballeros!... ¡Y qué arrogante se yergue ahora el mozo en el almenaje! ¡Cómo sonríen las rosas de sus mejillas, contemplando con infantil asombro el desierto jardín!... ¡Ea, Kundry!—(Volviéndose hacia ella. KUNDRY ha desaparecido; la luz azulada se ha extinguido; obscuridad completa en el calabozo.)—¿Qué? ¿A la obra ya?... ¡Ajá! Bien me sé yo la magia que a mi servicio vuelve siempre a esclavizarte...—(Volviéndose hacia fuera.)—¡Y tu, ahí, retoño infantil!

Digan respecto de tí lo que hayan querido los presagios... Joven y torpe has caído en mi poder... Una vez que te hayan arrancado la castidad, de mi cuenta corres!

KLINGSOR se hunde rápidamente con toda la torre. Simultáneamente surge el jardín encantado, ocupando toda la escena. Vegetación tropical; voluptuosa magnificencia floral. En el límite del fondo, el almenaje de las murallas, en las que se apoyan lateralmente los salientes del edificio del castillo y sus terrazas, de rico estilo árabe. En la muralla está PARSIFAL, contemplando con asombro los jardines. De todas partes, así de los jardines como del palacio, surgen hermosas jóvenes ninfas, unas en desordenada confusión, otras aisladas, en número siempre creciente. Preséntanse cubiertas de ligeras vestiduras, y como despertando sobresaltadas de un sueño.

NINFAS

(procedentes del jardín).

Aquí sonaron los gritos y el fiero bramido de las armas.

NINFAS

(procedentes del castillo).

¿Dónde está el ofensor? ¡Venganza! ¡Venganza!

NINFAS

(aisladas).

¡Mi amante está herido!

OTRAS NINFAS

¿Dónde encontrar al mío?

OTRAS

He despertado sola... ¿Adónde huyó?

OTRAS MÁS

¿Que dónde están nuestros amados? Allá dentro, en las salas... Allí les vimos, todos con sangrientas heridas... ¡A ellos! ¡A auxiliarles! ¿Quién es el enemigo?...

¡Allí está! ¡Miradle allí! ¡Con la espada de mi Ferris en la mano! Yo le ví escalar el castillo... Yo oí la bocina de nuestro amo. Acudió mi héroe corriendo; allá volaron todos; pero a todos venció él con sus armas. ¡Él derribó a mi amado!... ¡Él hirió a mi amigo!... ¡Mirad cómo sangra el arma todavía!... ¡Eh, tu, tu, enemigo de nuestros amigos! ¿Por qué nos has causado tanta desgracia? ¡Maldito, maldito seas!

(PARSIFAL desciende algunos pasos hacia el jardín.)

LAS NINFAS

¿Te atreves, osado, a desafiarnos? Dí ¿por qué heriste a nuestros amados?

PARSIFAL

(lleno de sorpresa).

¿Pues qué, hermosas niñas, no debía yo abatir a los que me cerraban el camino para llegar hasta vosotras?

LAS NINFAS

¿A nosotras buscabas, sin habernos nunca visto?

PARSIFAL

No, jamás había yo visto tan bellas criaturas. ¿Qué, no os parece justo que así os llame?

LAS NINFAS

(serenándose).

Entonces... ¿no piensas dañarnos?

PARSIFAL

Nunca fuera tal mi intento.

LAS NINFAS

Pero daños nos hiciste, y muchos, y crueles. Has herido a nuestros compañeros. ¿Quién nos acompañará ahora en nuestros recreos?

PARSIFAL

Bien quisiera ser yo.

LAS NINFAS

(riendo).

Pues si tanto te agradamos, no te tengas tan lejos. No nos agravies, y te lo sabremos premiar. No van nuestros juegos en busca de oro, sino del galardón de Amor, que tuyo será si nos otorgas tus consuelos.

Algunas de ellas se han dirigido a la enramada, de donde vuelven ahora como vestidas de flores, o con la apariencia de las flores mismas.

LAS NINFAS

(floreadas).

¡Ea, dejadme el mancebo!... ¡Me pertenece!... ¡No... no... a tí no!... ¡a mí!... ¡Es mío!

LAS OTRAS NINFAS

¡Ah, traidoras, arteras! ¡Con qué sigilo habéis ido a engalanaros!

Se alejan como las otras, y reaparecen ataviadas de la misma manera. Todas giran y danzan en torno de PARSIFAL, como en alegre juego infantil, formando variantes coros, y halagándole con sus caricias.

LAS NINFAS

¡Ven, lindo mancebo! Déjame florecer para tí, afanosa de recrearte en las delicias y anhelos del amor!

PARSIFAL

(sereno, inmóvil, en el centro del corro).

¡Grato es vuestro aroma! ¿Sois flores acaso?

LAS NINFAS

(siempre unas aisladas y otras en coro).

Los espíritus somos y los ornamentos de este jardín

cuyo señor nos cosechó en la primavera. Aquí crecimos al sol del estío, floreciendo gozosas para tí. Sénos propicio, sé nuestro amigo; no escatimes a las flores su galardón. Si no puedes amarnos, si no puedes acariciarnos, nos verás aquí mismo marchitar y morir.

PRIMERA NINFA

¡Estréchame en tus brazos!

SEGUNDA

¡Déjame refrescar tu frente!

TERCERA

¡Deja que te acaricie el rostro!

CUARTA

¡Déjame besar tus labios!

QUINTA

¡No, yo, que soy la más hermosa!

SEXTA

¡No, yo, que exhalo el perfume más dulce!

PARSIFAL

(rechazando suavemente la importuna insistencia de las muchachas).

¡Oh indómito tropel de hermosas flores! Si he de jugar con vosotras, dad tregua a este asedio!

NINFAS

¿Por qué nos reprendes?

PARSIFAL

Porque disputáis.

NINFAS

Sólo por tí disputamos.

PARSIFAL

No lo hagáis.

PRIMERA NINFA
(a la segunda).

¡Retírate tú! ¿No ves que me quiere a mí?

SEGUNDA

¡No, que es a mí!

TERCERA

¡Pero a mí mucho más!

CUARTA

¡No, a mí!

PRIMERA NINFA
(a Parsifal).

¿Me rechazas?

SEGUNDA

¿Huyes de mí?

PRIMERA

¿Qué, te acobardan las mujeres?

SEGUNDA

¿Qué, a nada te atreves?

OTRAS NINFAS

¿Tan ruin eres, tan tímido, tan insensible?

OTRAS

¿No ves que las flores están cortejando a la mariposa?

OTRAS

¡Ea, hay que abandonar a este inocente!

OTRAS

Hay que darle por perdido.

OTRAS

Está bien, dejádnosle a nosotras.

OTRAS

¡No, es para nosotras!... ¡No, para mí!... ¡Y para mí!...
¡Aquí, conmigo!

PARSIFAL
(rechazándolas, casi iracundo ya, y queriendo huir).

¡Dejadme ya! ¡No he de caer en vuestras redes!

LA VOZ DE KUNDRY
(procedente de un macizo de flores).

¡Parsifal!... ¡Detente!

(Las ninfas enmudecen, estremecidas).

PARSIFAL
(quieto, y sobrecogido).

¿Parsifal?... ¡Así me llamó una vez, en sueños, mi madre!...

LA VOZ DE KUNDRY

¡Parsifal, detente!... A un tiempo te invitan el deleite y la dicha... Apartaos de él, vosotras, enamoradas niñas, flores que temprano os marchitáis! Ya veis que no puede ser ese vuestro juguete. Retiraos, y atended a los heridos, a los héroes que os esperan abandonados.

LAS NINFAS
(alejándose, contrariadas y contristadas).

¡Tener que abandonarte! ¡Tener que perderte!... ¡Ay de nosotras! ¡Oh dolor, cruel castigo! Sólo por tí renegaríamos de todos... ¡Adiós, adiós! ¡Amado, altanero... inocente!

(Con las últimas palabras, desaparecen riendo en dirección del castillo.)

PARSIFAL

¿Habrá sido todo un sueño?

Dirige una mirada tenebrosa hacia el lugar de donde provino la voz, y donde se hace ahora visible, a través de las matas, una mujer de juvenil y espléndida hermosura. Es KUNDRY, completamente transformada, tendida en un macizo de flores y con ligero y fantástico ropaje a estilo árabe.

PARSIFAL
(sin acercarse aún).

¿Fuiste tú la que me llamó, a mí que nunca tuve nombre?

KUNDRY

A tí, inocente y puro, llamé «Fal-parsi»... A tí, puro e inocente, «Parsi-fal». Moribundo en tierra arábiga, así nombró y saludó Gamuret, tu padre, al hijo que en materno seno dejaba custodiado. Para revelártelo esperaba yo aquí. ¿Qué fué lo que aquí pudo traerte sino el ansia de saberlo?

PARSIFAL

Nunca ví, jamás soñé lo que estoy contemplando, ni sentí la inquietud que en esta hora me abruma... ¿También creciste y te desprendiste tu de la floresta?

KUNDRY

¡No, Parsifal, inocente y casto!... Lejos, lejos de aquí está mi patria... Tan sólo para que me encontraras estoy en estos lugares. De muy lejos llegué, donde muchas cosas he visto. He visto al niño a los pechos de su madre. Alegran todavía mis oídos sus primeros balbuceos. Con la amargura en el corazón, reía allí también Herzeleide, cuyos dolores se regocijaban con el alborozo del que era luz de sus ojos! Sus caricias adormecían al niño encantador en su dulce cuna de suave musgo; velaban el sueño infantil las ansias de la madre solícita e inquieta; y al amanecer le despertaba el cálido rocío de las maternas lágrimas. Sólo llorar sabía, y rendirse al dolor, por el

amor y la muerte de tu padre, de cuya misma desventura quiso preservarte, cifrando en ello sus más altos e imperiosos deberes, apartándote del ejercicio de las armas para guardarte y salvarte de las luchas y sañas de los hombres. Tan sólo hubo para ella zozobras y temores, que nunca habías tú de conocer. ¿No oyes aún aquellas sus llamadas plañideras, cuando lejos andabas y tardabas? ¿Y la alegría de su sonrisa cuando corriendo en tu busca te alcanzaba? ¡Y cómo te estremecía el calor de sus besos cuando apasionada te estrechaba entre sus brazos!... Pero nunca supiste sus penas, ni nunca el delirio de sus sufrimientos, cuando al fin un día no volviste, y tu rastro se perdió. Te esperó noches y días, hasta que la hicieron enmudecer sus propios lamentos, y su propia aflicción acabó con sus penas, y buscó reposo en la muerte. El sufrir le partió el corazón... y Herzeleide... murió...

PARSIFAL, gravemente interesado en el relato de KUNDRY, e intensamente sobrecogido al final, cae, abrumado por el dolor, a los pies de KUNDRY.

PARSIFAL

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¿Qué hice? ¿Dónde me perdí? ¡Madre! ¡Dulce y bendita madre! ¿Y era tu hijo, tu propio hijo el que debía matarte? ¡Loco soy; loco, aturdido, imbécil! ¿Hasta dónde, olvidándola, mis pasos se han extraviado? ¿Hasta dónde he podido olvidarte, olvidar a la mejor, a la más adorada de las madres?

KUNDRY, siempre tendida entre las flores, se inclina dulcemente sobre la cabeza de PARSIFAL, ciñéndole cariñosamente el cuello con los brazos.

KUNDRY

Desconocido te fué hasta ahora el dolor; aún no sentiste en el corazón las dulzuras del consuelo. Aplaca

ahora, en los consuelos que son botín del amor, la pena y la angustia de tu llanto!

PARSIFAL
(turbado).

¡A mi madre, a mi madre pude olvidar! ¿Cómo, entonces, no he olvidado todo lo demás? ¿De qué más pude acordarme ya? ¡Torpeza, insigne torpeza, es todo lo que hay en mí!

(Aumenta cada vez más su abatimiento.)

KUNDRY

El reconocimiento de tus culpas las borraré, y pondrá fin a los remordimientos. El saber tornará en entendimiento la inconsciencia. Procura conocer ese amor que abrasó el corazón de Gamuret cuando lo inundó la ardiente pasión de Herzeleide; ese amor que un día te dió cuerpo y vida; ese amor que ahuyentará a la muerte, que ahuyentará tu torpeza y que hoy ha de ofrecerte... como último saludo y bendición de tu madre... el primer... beso de la pasión.

KUNDRY ha inclinado completamente su cabeza sobre la de PARSIFAL, uniendo ahora sus labios con los de él en un largo beso. Repentinamente se yergue PARSIFAL con ademán de intenso terror. Su actitud acusa terrible alteración. Aprieta con violencia las manos contra su corazón, como para contener una aflicción desgarradora, que por fin estalla en palabras.

PARSIFAL

¡Amfortas!... ¡La herida!... ¡La herida!... ¡En mi corazón arde ya!... ¡Oh lamentos, terribles lamentos, que resuenan desgarradores en lo más profundo de mi alma! ¡Oh mísero desventurado!... Yo ví sangrar esa herida... que ahora sangra dentro de mí... aquí... aquí!—(KUNDRY le observa con asombro y terror, PARSIFAL, completamente exaltado, prosigue).—¡No, no! ¡No es la herida! Aún ha de co-

rrer esa sangre a torrentes! Es el incendio, aquí, aquí, en mi cuerpo! Es el ansia, el ansia horrible que me agarra y sujeta con violencia los sentidos! ¡Oh suplicio del amor!... palpita todo mi ser, y tiembla y se estremece en pecaminosos anhelos!...—(Temblando y en voz baja).— Mis ojos humedecidos contemplan el vaso sagrado... Arde en él la sangre divina... Agitase en lo más íntimo de las almas la alegría de la redención y de la celeste clemencia. Sólo aquí, dentro de mí, el suplicio que no se aplaca! oigo allí la queja del Salvador; su lamento ¡oh! su lamento por la profanación de su santuario!... «Redí-meme, sálvame de las manos mancilladas por el pecado!» Así... así resuena la queja de Dios con fuerza terrible en mi espíritu!... ¿Y yo? Yo, el imbécil, el cobarde, que aquí me he extraviado en busca de necias hazañas pueriles!—(Cae de rodillas, desesperado).— ¡Redentor! ¡Salvador! ¡Señor de misericordia! ¿Cómo podrá este réprobo expiar mis culpas?

KUNDRY, cuyo terror se ha convertido en apasionada admiración, intenta con timidez acercarse a PARSIFAL.

KUNDRY

¡Héroe admirable! Destierra esas vanas ilusiones. ¡Mírame! ¡Sé propicio a mi amor!

Sigue PARSIFAL en actitud de abatimiento, con la mirada fija en KUNDRY, mientras ésta vuelve a halagarle con caricias que él va marcando con sus palabras,

PARSIFAL

¡Sí! ¡Esa voz! Así, así le requirió... Y esa mirada, bien la reconozco... y la boca que con crueldad tentadora le sonreía... Y esos labios... sí... de ese mismo modo se agitaban... Así se inclinaba ella sobre sus hombros... así le solevantaba con audacia la cabeza... así ondeaba risueña su cabellera... así le ceñía con los brazos el cue-

llo... así le acariciaba el rostro con ternura... Y uniéndose al suplicio de la más cruel de las dolencias, esos mismos labios le robaron en un beso la salud del alma... ¡Ah!... ¡Ese beso!...—*(Durante las últimas palabras se ha ido incorporando gradualmente; ahora salta en pie, y repele a KUNDRY con violencia.)*—¡Mujer corruptora! ¡Atrás! ¡Huye de mí! ¡Para siempre... para siempre!... ¡Huye!

KUNDRY
(con vehemente pasión).

¡Despiadado!... Pues ya que en tu corazón has dado albergue a los dolores ajenos, quepan en él también ahora los míos! Si eres redentor, ¿qué puede, inícuo, impedirte que me unas a tí para redimirme? Desde la eternidad... te vengo esperando ¡oh salvador... a quien temeraria injurié!... ¡Oh!... Si pudieras conocer esta maldición que a través de sueños y vigiliass, de muerte y vida, de llantos y risas, ha venido templándome para los martirios, siempre renovados, que sin tregua me atormentan la existencia! Yo le ví... le ví... a El... ¡y reí!... y me hirió su mirada... Ahora corro de mundo en mundo buscándole de nuevo. En mi angustia extrema... apenas imagino que sus ojos se me acercan, y que me busca su mirada... cuando vuelvo a mis burlas maldecidas... ¡y cae en mis brazos otro pecador! Y yo vuelvo a reír... a reír... y no puedo llorar; sólo gritar, delirar, enfurecerme, enloquecer, en noche de demencia incesante, que apenas despierto a la luz, se renueva sin dar tiempo a la expiación... Déjame, déjame llorar sobre el pecho de aquel por quien suspiré con languidez mortal, de aquel a quien mi espíritu reconoció, y de quien torpemente me mofé. Uneme contigo por una hora, por una hora no más... aunque en ella Dios y el mundo me repudiaren... ¡Deja que en tí sean lavadas y redimidas mis culpas!

PARSIFAL

Por olvidar yo mi misión una hora en tus brazos, toda una eternidad sufrirías de condenación conmigo... También para la salud tuya habré sido enviado, si logras apartarte del camino de impuros anhelos. El bálsamo que ha de poner fin a tu dolencia no puede surgir del mismo manantial en que brotaron tus males. Nunca lograrás tu salvación hasta que para tí esa fuente de males se haya cegado. Otra, otra es ¡ay! la fuente por la que yo he visto suspirar, consumiéndose en lamentos, mortificando y macerando sus carnes, a esos hermanos que allá están padeciendo riesgos tan crueles. Pero ¿a quién es dado descubrir el claro, transparente, único manantial verdadero de salud? ¡Oh miseria, que nos aleja de toda salvación! ¡Oh tinieblas de la ilusión mundana, que suspirando ardiente por la suprema ventura, se consume en los veneros de perdición!

KUNDRY

¿Te di, pues, con mi beso, la clarividencia del mundo? ¡Que el abrazo de mi amor te eleve entonces a la divinidad! Redime al mundo si esa es tu misión... Si en esta hora puedo hacerte Dios, deja que por ella sea yo condenada para siempre, y que mis heridas no se curen jamás.

PARSIFAL

¡Mujer pervertida! ¡También a tí quiero ofrecer la salvación!

KUNDRY

¡Déjame, divino, amarte, y me habrás redimido!

PARSIFAL

Amor y redención serán tu recompensa si me enseñas el camino para llegar hasta Amfortas.

KUNDRY
(estallando en cólera).

¡Nunca has de encontrarle! Deja que el hombre caído acabe de depravarse y perderse... el desdichado, el funesto, el deshonorado por su lujuria, del que yo me burlé... y me reí... ¡me reí! ¡Já já! ¡Y fué su propia lanza la que le hirió!

PARSIFAL

¿Y quién fué el que osó herirle con el arma santa?

KUNDRY

El... él... el que mis risas castigó un día. ¡Ah! Su maldición es la que ahora me da fuerza. Contra ti mismo invocaré yo esa arma si te empeñas en dar al pecador los honores de tu compasión... ¡Oh locura!... ¡Compasión, compasión para mí! Por sólo una hora sé mío... por sólo una hora sea yo tuya... ¡y te será mostrado el camino!—(Quiere abrazarle.)

PARSIFAL
(repeliéndola con violencia).

¡Mujer desalmada! ¡Atrás!

KUNDRY
(irguiéndose y llamando con furia).

¡Socorro! ¡Ayudadme! ¡Aquí! ¡A mí! ¡Detened al insolente! ¡Cerradle el paso! ¡Cortarle la huida!... ¡Aunque huyas de aquí, aunque libres encuentres todos los senderos de la tierra, no has de encontrar el camino que tu buscas! ¡Porque todos los caminos y todos los senderos que te alejen de mí... yo te los maldigo! ¡Anda, vaga y yerra!... ¡El error y el engaño, que tan bien conozco, esos son los guías que te consangro yo!

KLINGSOR ha aparecido sobre la muralla. Salen también del castillo las ninfas, que quieren correr en auxilio de KUNDRY.

KLINGSOR
(agitando una lanza).

¡Alto ahí! ¡Con el arma verdadera te conjuro! ¡El inocente sea conmigo, por la lanza de su Señor!

Arroja contra PARSIFAL la lanza, que queda suspendida sobre su cabeza. PARSIFAL la agarra con la mano, y en ademán extático hace con ella la señal de la cruz.

PARSIFAL

Con esta arma, y con este signo, destruyo yo tus mágicos encantos. Ella misma curará la herida que tu con ella inferiste. Convierta ella también en ruinas y en duelo todo este prestigio engañoso!

El castillo se hunde, como sacudido por un terremoto. El jardín queda agostado y convertido en yermo. Como marchitadas flores caen las ninfas esparcidas por el suelo. Lanza KUNDRY un grito y se desploma en tierra. PARSIFAL se aleja. Desde lo alto de un muro en ruinas se vuelve otra vez hacia ella.

PARSIFAL

Ya sabes... dónde puedes encontrarme.—(Desaparece.)

CIÉRRASE RÁPIDAMENTE EL TELON